

Próximo número: EXTRAORDINARIO

SÁBADO, día 28 del corriente mes

La preciosa novela basada en la
gran obra de Honoré de Balzac
«LA PEAU DE CHAGRIN»

ESCLAVO DEL DESEO

Genial interpretación de los mimados ar-
tistas CARMEL MYERS, BESSIE
LOVE, GEORGE WALSH, etc.

Asunto altamente moral — Gran éxito

64 páginas de texto - 17 fotografías
y una innovación:
PORTADA A «BICOLOR»

Postal - foto-
grafía regalo

RICHARD DIX

PRECIO EXCEPCIONAL: 50 céntimos

Adquiera usted esta magnífica no-
vela el mismo día de su aparición,
SÁBADO, DIA 28 DEL CORRIENTE

E VERDAGUER MORERA - TARRASA

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 143

25 cts.



DOS
NOVELAS
DE AMOR

por

Marguerite de la Motte

John Bowers - Estelle Taylor, etc.

Filmoteca
de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Redacción } Via Layetana, 12
Administración } Teléfono, 4423 A
BARCELONA

AÑO IV

N.º 143

DOS NOVELAS DE AMOR

Adaptación cinematográfica de la novela
"DESEO", de John B. Clymer

Interpretación de

ESTELLE TAYLOR, MARGUERITE
DE LA MOTTE y JOHN BOWERS

Programa

VILASECA Y LEDESMA S. A.

Selección «GALLO DE ORO»

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
LYA MARA

Dos novelas de amor

Argumento de la película de dicho título

Hay personas que necesitan ver su amor rodeado de dificultades, para que eche hondas raíces en sus almas. Los caminos llanos no se han hecho para ellas, y si encuentran el objeto de su cariño completamente libre de obstáculos, entonces es cuando lo que podía llegar a ser una pasión se convierte en la más absoluta indiferencia.

Una boda iba a celebrarse en el hogar de los Harlan, y el júbilo reinaba en toda la casa, como augurio de perfecta felicidad.

Los padres de la novia eran quizá los más contentos del término de unas relaciones amorosas en las que no hubo jamás una dificultad, un rozamiento, una nota agria o discordante.

En cambio Magdalena Harlan, la novia, temperamento romántico, encontraba demasiado gris aquel matrimonio.

Dispuesta ya para la ceremonia, Magdalena vió llegar a su prometido, y poco antes del momento fatal no pudo menos de poner en práctica una idea que su desesperación le había sugerido. Y ordenó a su doncella:

—Dile al señorito Gerardo que venga a hablar conmigo ahí fuera.

—¿Ver al novio ahora, señorita?... ¡Por Dios, si eso le traería la desgracia!—se permitió observar la sirvienta.

—La desgracia sería para los dos si no le viese ahora, Felisa... Anda a llamarlo.

Así lo hizo la doncella.

Gerardo se apresuró a obedecer a su futura. Como ella, era también de los partidarios de las dificultades. Por eso iba al matrimonio como si fuese al sacrificio, apagada completamente en su alma la llama de amor que un día lo acercara a Magdalena.

Los novios desengañados cambiaron a solas unas palabras. Las primeras pronunciadas fueron las siguientes (hablando ella y escuchando atónito él):

—Gerardo, porque te quiero y porque deseo tu felicidad, voy a hablarte francamente... ¿No te parece que los dos estamos equivocados, que vamos a este matrimonio sin amor?... ¿Tendrás valor para hacer lo que te diga? Será una campanada, pero recobramos nuestra libertad.

Gerardo razonó con mucho misterio con Magdalena y, puestos de mutuo y perfecto acuerdo, sonriéronse más amigos que nunca.

Llegó el momento "trágico".

Gerardo, que esperaba a su novia al pie del altar—improvisado éste en el parque de la finca de los Harlan—, susurró al oído de su padrino de boda:

—No te asombres de nada de lo que va a pasar aquí. Magda y yo estamos dispuestos a no casarnos.

—¡Caramba! ¿Qué broma es esa?



—¿No te parece que los dos estamos equivocados, que vamos a este matrimonio sin amor?

—Calla. Ya se acerca la novia. Lo que vamos a hacer ella y yo debíamos hacerlo antes, con tiempo, pero ha sido una cosa inopinada, brusca, de última hora.

Al llegar Magdalena, del brazo de su padre, ante el sacerdote, Gerardo le ofreció el suyo,

y apenas se asió ella de él, echaron los dos a correr—causando estupefacción a los invitados y ataques de nervios a los padres de la novia—en dirección al automóvil de los Harlan, preparado, con la complicidad secreta del *chauffeur*, de antemano.

El padre Harlan bebía los vientos.

En cuanto a su esposa, vacióse un frasco de éter para volverla en sí.

En tanto, el automóvil conducía a los novios a través de la ciudad, en espera de que pasara un tiempo prudencial para regresar cada cual a su casa sin temor de encontrar curiosos invitados ávidos de saberlo todo.

Dos horas después, Magdalena volvía sola a su hogar, rotas las leves cadenas que amenazaban aherrar su libertad.

Apeóse del "auto", cuya portezuela abrió cortésmente el *chauffeur*.

Antes de trasponer el umbral de la mansión, Magda comentó "su caso" con el *chauffeur*, Eugenio Ryan.

—Habrá sido un golpe terrible para mis padres...

—Indudablemente, señorita...; pero usted se halla a salvo de un amor que no la hubiera hecho feliz.

—Tiene usted razón, Eugenio. El disgusto de mis padres pasará... y pronto. En cambio yo, casándome con Gerardo, no olvidaría nunca que ni en su pecho ni en el mío ardía la verdadera llama del amor. Tome. Tire este ramo a la basura. No quiero conservar recuerdos tristes.

Eugenio aceptó gustoso cumplir el mandato, y poco después quemaba las significativas flores que Gerardo le regalara a Magda.

¡Moría entre llamas el error!

¡De la experiencia adquirida en él surgiría la verdad!

En las grandes ciudades, cada día trae consigo su pequeño escándalo, y por tal razón, a los pocos días, la campanada de Magdalena y Gerardo estaba olvidada completamente.

Claro que sus padres censuraron a Magdalena su conducta, mas como Gerardo tenía la misma dosis de culpa que ella, el convencimiento de que al fin y al cabo los dos jóvenes habían sabido huir a tiempo de la "quema", no permitió que la discusión se prolongase.

Después de su boda frustrada, Gerardo estaba convencido de que las mujeres habían muerto para él; pero un día, yendo él en su cochecito de 5 HP., una señorita se apeó de un tranvía sin estar completamente parado, y como él rozaba casi dicho vehículo, desembragó en el acto, permitiendo así que esa señorita se apoyase en su automóvil inmovilizado de repente, para no caerse.

Elena Cassel se llamaba la desconocida. Era modesta y muy bonita. Regresaba de compras, a juzgar por los dos huevos que Gerardo encontró en el coche, enteros por casualidad, y que se le cayeron a ella de un bolso.

Hombre de "recto proceder", Gerardo, con dichos comestibles en las manos, la siguió desde un poco lejos, la vió entrar en una escale-

ra de regular aspecto, subió tras ella y la iba a alcanzar cuando ella cerraba—sin verle—la puerta de su casa.

Gerardo vaciló entre llamar y marcharse. "¿Es bastante motivo para entrar en una casa desconocida la devolución de dos huevos?"—se decía.

Finalmente decidióse por llamar. Pero inició el gesto en tan mala forma que se le reventaron los precitados comestibles. Limpióse las manos, sacrificando un pañuelo, y como ya no tenía motivo en que basarse para volver a ver a Elena, pensaba en marcharse. Mas antes sus ojos se fijaron en una placa colocada en la puerta por donde él viera desaparecer a la bella, y leyó:

ROBERTO CASEL

PROFESOR DE VIOLÍN

—¿Profesor de violín? Si yo...—murmuró Gerardo. Y como quiera que vacilase—: De cobardes nada hay escrito.

Y llamó:

—¿Qué desea usted, caballero?—le dijo, al abrir, el propio músico, abuelo de Elena, anciano, virtuoso en el doble sentido de la palabra. Había soñado en su juventud con la gloria, y cansado de esperarla en vano le había quedado en medio de su desengaño el consuelo de su arte.

Gerardo, que pensara ser recibido por Elena, no pudo esquivar la respuesta a la pregunta del profesor, a quien dijo:

—Yo quisiera... quisiera que me diese usted lecciones de violín.

—Con mucho gusto. Ha tomado usted posesión de su casa.

La afabilidad del maestro encantó a Gerardo, y convencido de que se hallaba ante un hombre todo nobleza, sin resquemores ni recelos, le preguntó:

—¿Es usted pariente de una señorita... que entró aquí hace un momento?

—¿Conoce usted a mi nieta, caballero?

—¡Ah! ¿Usted es su abuelo? No; no tengo el honor de conocerla más que de vista.

Y Gerardo contó al profesor la "odisea" de los dos huevos.

Rióse el abuelo de Elena y, festivo, dijo:

—Me satisface lo acaecido, puesto que la compensación me trae un nuevo alumno.

Elena apareció en aquel momento. Su sorpresa no fué poca al ver en su casa al joven del "auto" que previó el riesgo de una caída en el arroyo cuando ella se apeó del tranvía, y que paró su coche a tiempo de que pudiera acogerse a la ayuda de uno de sus flancos.

El abuelo hizo la presentación—pues Gerardo ya le había dado su nombre—, y si sólo con miradas puede uno expresar lo que siente en lo más íntimo de su ser, con miradas se dijeron Elena y Gerardo que se gustaban uno a otro una barbaridad.

Gerardo quedó en volver al día siguiente para empezar las lecciones, y Elena le acompañó, muy "atentamente", hasta el rellano de la escalera.

La vecina de enfrente, Mary La Marr, bailarina de oficio en un *restaurant* de noche de-

nominado "*Casa Diablo*", salió de su piso al oír que alguien hablaba casi junto a la puerta del mismo, y vió alejarse a Gerardo saludando repetidas veces a Elena.

—¿Es un discípulo de su abuelo, Elena?— preguntó a ésta—. No está mal de tipo, ¿verdad?

Elena sonrió...

—Es muy simpático—dijo.

Al otro día.

Por primera vez en su vida Gerardo llegaba a tiempo para un trabajo.

Se presentó puntual en casa del profesor de violín, con un discreto ramo de flores en una mano.

Elena, que esperaba al "nuevo alumno", le recibió con su abuelo.

Gerardo no sabía qué hacer con las perfumadas hijas de jardín, pues se le antojaba que sería descubrir su secreto amoroso si las ofrecía a Elena. Eso, según él, no era prudente.

Después de titubear un buen rato, se decidió a regalárselas al músico, a quien extrañó sobremanera tal fineza.

Elena se hacía cargo interiormente de la situación de Gerardo, y no se alegraba poco...

Para justificar su presente, Gerardo explicó al abuelo su gesto aduciendo esta razón:

—Cuando yo era pequeño siempre le llevaba flores a mi maestro...

El profesor ocultó una sabia risita. Agra-

decida la atención del obsequio, encargó a Elena—entregándose a su vez (para que apreciase “sus” flores)—que colocara el ramo en un búcaro.

¡Jamás puso Elena tanto cariño en adornar su florero predilecto!

Desde aquel momento empezó de pleno la farsa.

Los tres intérpretes de la misma, la conocían, cada cual por su cuenta.

Así, el abuelo fingía estar en la creencia de que en efecto Gerardo quería lecciones de violín, y se las daba resignadamente.

Elena hacía la desentendida.

En cuanto a Gerardo, ni qué decir tiene que procuraba ser lo más agradable posible al profesor y a su encantadora nieta.

La “cosa” iba por buen camino.

Por su parte, Magdalena, desde el escándalo de su “casi boda”, vivía alejada del mundo, sin otra compañía que la de sus padres, en su hogar, y la muy agradable de Eugenio Ryan, su *chauffeur*, fuera del hogar.

Con su *chauffeur*—porque guiaba el automóvil... y porque era “exquisito” con ella—hacía Magda salidas al monte y almorzaban juntos.

Eugenio no se atrevía a suponer que Magda, habiendo sabido adivinar cuánto la amaba él, pudiera corresponderle.

Por voluntad de Magda, Eugenio se sentaba ante la improvisada mesa sobre la alfombra de la yerba, y solos bajo el cielo azul y al cobijo de los árboles, departían cual dos ami-

gos. Esa intimidad se hacía cada vez más necesaria. Eugenio, irresoluto, retrasaba el momento de abrirse paso en las sombras de la duda, con lo cual Magda no lograba más que reprocharse a sí misma la posesión de escasos encantos.

Repentinamente el humilde hogar del pro-



...departían cual dos amigos. Esa intimidad se hacía cada vez más necesaria.

fesor de violín, desde la entrada del nuevo discípulo, se había transformado, cambiándose por alegría y juventud el aire de vejez que le era característico.

Elena y Gerardo no esperaban más que una

oportunidad propicia para decirse lo que uno y otro tenían encerrado en su pecho.

Un día, antes de marcharse—tomada ya la lección—de casa del profesor, Gerardo preguntó a Elena:

—¿La dejaría su abuelo venir a cenar conmigo esta noche?

—¿Por qué quiere usted molestarle, señor Gerardo? Es usted excesivamente amable conmigo... y no creo yo merecer tanta atención.

—Usted es digna de todo, señorita. Tenga la seguridad absoluta de que si acepta mi invitación, me causará gran alegría llevarla de mi brazo a donde usted quiera.

Consultado el abuelo por Elena—que no sabía ocultar lo bastante su dicha—, el buen anciano dióle su consentimiento, y como su nieta, pensaba en la posibilidad de que la farsa en que todos, veladamente, tomaban parte, tuviera un felicísimo resultado.

A Gerardo le plugo mucho la confianza de que sin vacilación le hacía objeto el profesor accediendo a que le “robase” a Elena aquella noche, y regresó a su casa más contento que jamás y con más deseos que nunca de componerse impecablemente.

En tanto, Elena, apurada por la falta de *toilette* apropiado para salir con Gerardo, pidió protección y consejo a su vecina la bailarina.

No fué Elena misma quien se dió cuenta de que con sus ropas domingueras no podía pretender presentarse en un *restaurant* de moda, que era a donde probablemente la lle-

varía Gerardo, sino el marido de la coreográfica, Gastón, jefe de los camareros de “*Casa Diablo*”. Ejercía este cargo en el mismo lugar en que actuaba su mujer, “para no perderla de vista”. Conocía el paño. “Una bailarina—pensaba—tiene los pies muy ligeros y a lo mejor vuela.”

La artista, encantada de que su gentil vecinita tuviera tan delicada aventura—por ser la primera vez que salía con un hombre—, se ofreció a ayudarla a deslumbrar a Gerardo. “¡Qué lástima—se lamentaba para sus adentros—que yo no pueda ser la heroína de esta novela de amor que empieza!”

De modo que, en un santiamén, gracias a que Elena era de su misma estatura, la bailarina la transformó con su más vistoso vestido.

Elenita se ruborizó al verse a sí misma con un escote tan pronunciado, y como Gastón, el tirano aritmético de la coreográfica, la “devorase” con los ojos—pues estaba muy apetitosa y él era buen gastrónomo—, ocultóse encendida.

—¿Qué le pasa a usted, Elena?—inquirió la artista.

—No sé, Mary, no sé... Este vestido me parece demasiado... demasiado abierto.

—Le sienta a usted a maravilla. Es lo más nuevo. Su belleza—usted ya sabe que es bonita—resalta de modo encantador. Le aseguro que esta noche va usted a dar el golpe.

—¿Usted cree?

—Si no se declara hoy...

—¡Oh! ¿Pero usted cree?...

decida la atención del obsequio, encargó a Elena—entregándosele a su vez (para que acariciase “sus” flores)—que colocara el ramo en un búcaro.

¡Jamás puso Elena tanto cariño en adornar su florero predilecto!

Desde aquel momento empezó de pleno la farsa.

Los tres intérpretes de la misma, la conocían, cada cual por su cuenta.

Así, el abuelo fingía estar en la creencia de que en efecto Gerardo quería lecciones de violín, y se las daba resignadamente.

Elena hacía la desentendida.

En cuanto a Gerardo, ni qué decir tiene que procuraba ser lo más agradable posible al profesor y a su encantadora nieta.

La “cosa” iba por buen camino.

Por su parte, Magdalena, desde el escándalo de su “casi boda”, vivía alejada del mundo, sin otra compañía que la de sus padres, en su hogar, y la muy agradable de Eugenio Ryan, su *chauffeur*, fuera del hogar.

Con su *chauffeur*—porque guiaba el automóvil... y porque era “exquisito” con ella—hacía Magda salidas al monte y almorzaban juntos.

Eugenio no se atrevía a suponer que Magda, habiendo sabido adivinar cuánto la amaba él, pudiera corresponderle.

Por voluntad de Magda, Eugenio se sentaba ante la improvisada mesa sobre la alfombra de la yerba, y solos bajo el cielo azul y al cobijo de los árboles, departían cual dos ami-

gos. Esa intimidad se hacía cada vez más necesaria. Eugenio, irresoluto, retrasaba el momento de abrirse paso en las sombras de la duda, con lo cual Magda no lograba más que reprocharse a sí misma la posesión de escasos encantos.

Repentinamente el humilde hogar del pro-



...departían cual dos amigos. Esa intimidad se hacía cada vez más necesaria.

feor de violín, desde la entrada del nuevo discípulo, se había transformado, cambiándose por alegría y juventud el aire de vejez que le era característico.

Elena y Gerardo no esperaban más que una

ocasión propicia para decirse lo que uno y otro tenían encerrado en su pecho.

Un día, antes de marcharse—tomada ya la lección—de casa del profesor, Gerardo preguntó a Elena:

—¿La dejaría su abuelo venir a cenar conmigo esta noche?

—¿Por qué quiere usted molestarle, señor Gerardo? Es usted excesivamente amable conmigo... y no creo yo merecer tanta atención.

—Usted es digna de todo, señorita. Tenga la seguridad absoluta de que si acepta mi invitación, me causará gran alegría llevarla de mi brazo a donde usted quiera.

Consultado el abuelo por Elena—que no sabía ocultar lo bastante su dicha—, el buen anciano dióle su consentimiento, y como su nieta, pensaba en la posibilidad de que la farsa en que todos, veladamente, tomaban parte, tuviera un felicísimo resultado.

A Gerardo le plugo mucho la confianza de que sin vacilación le hacía objeto el profesor accediendo a que le “robase” a Elena aquella noche, y regresó a su casa más contento que jamás y con más deseos que nunca de componerse impecablemente.

En tanto, Elena, apurada por la falta de *toilette* apropiado para salir con Gerardo, pidió protección y consejo a su vecina la bailarina.

No fué Elena misma quien se dió cuenta de que con sus ropas domingueras no podía pretender presentarse en un *restaurant* de moda, que era a donde probablemente la lle-

varía Gerardo, sino el marido de la coreógrafa, Gastón, jefe de los camareros de “*Casa Diablo*”. Ejercía este cargo en el mismo lugar en que actuaba su mujer, “para no perderla de vista”. Conocía el paño. “Una bailarina—pensaba—tiene los pies muy ligeros y a lo mejor vuela.”

La artista, encantada de que su gentil vecinita tuviera tan delicada aventura—por ser la primera vez que salía con un hombre—, se ofreció a ayudarla a deslumbrar a Gerardo. “¡Qué lástima—se lamentaba para sus adentros—que yo no pueda ser la heroína de esta novela de amor que empieza!”

De modo que, en un santiamén, gracias a que Elena era de su misma estatura, la bailarina la transformó con su más vistoso vestido.

Elenita se ruborizó al verse a sí misma con un escote tan pronunciado, y como Gastón, el tirano aritmético de la coreográfica, la “devorase” con los ojos—pues estaba muy apetitosa y él era buen gastrónomo—, ocultóse encendida.

—¿Qué le pasa a usted, Elena?—inquirió la artista.

—No sé, Mary, no sé... Este vestido me parece demasiado... demasiado abierto.

—Le sienta a usted a maravilla. Es lo más nuevo. Su belleza—usted ya sabe que es bonita—resalta de modo encantador. Le aseguro que esta noche va usted a dar el golpe.

—¿Usted cree?

—Si no se declara hoy...

—¡Oh! ¿Pero usted cree?...

—Usted le quiere, eso salta a la vista; él también, o a lo menos le inspira usted ya una irresistible simpatía. En resumen, la invitación de esta noche es algo así como un pretexto encubierto para decirle cuatro cosas nada desagradables. Ya verá, ya verá.

—¡Usted sabe mucho, Mary!

—No en balde he recorrido toda la escala de *cabarets*, donde se ve mucho, se tolera mucho, se finge mucho... y entre risas y mentiras se sufre mucho.

Volvamos a Magdalena.

Grato es enterarnos de que al fin había encontrado el amor que deseaba; un amor lleno de sobresaltos y dificultades que mantendría sus nervios en continua tensión.

Eugenio era ese amor. El *chauffeur* prudente y cortés, locamente enamorado de ella pero cuerdamente resignado a esperar. ¿A esperar qué? Sencillamente: esperar...

Magdalena, en vista de ello, recurrió a ciertos ardides—esas armas femeninas invencibles—para que Eugenio no pudiese contener más tiempo su gran pasión, la cual ella leía en sus ojos.

Un gesto de Magda, como entregándose a sus brazos, fué lo que impulsó al *chauffeur* a cometer la locura de estrecharla contra su corazón besándola en una unión prolongada de labios.

Reintegrado, por el temor del castigo, a la realidad, Eugenio se deshizo en súplicas de disculpa.

—No pude evitarlo, señorita... Perdóneme.

—¿Le pesa a usted haberme besado, Eugenio?... ¡A mí me llena de alegría que no haya usted podido evitarlo!...

Desconcertado, Eugenio prosiguió, vehementemente:

—¡Por favor, señorita, no me obligue a amarla! No está bien jugar con el alma de un pobre hombre como yo...

—¿No le hacen feliz estos momentos, Eugenio?

—Inmensamente feliz, es cierto. ¿Pero no ve usted que este amor es imposible... que es una locura pensar que sus padres puedan dar su aprobación?

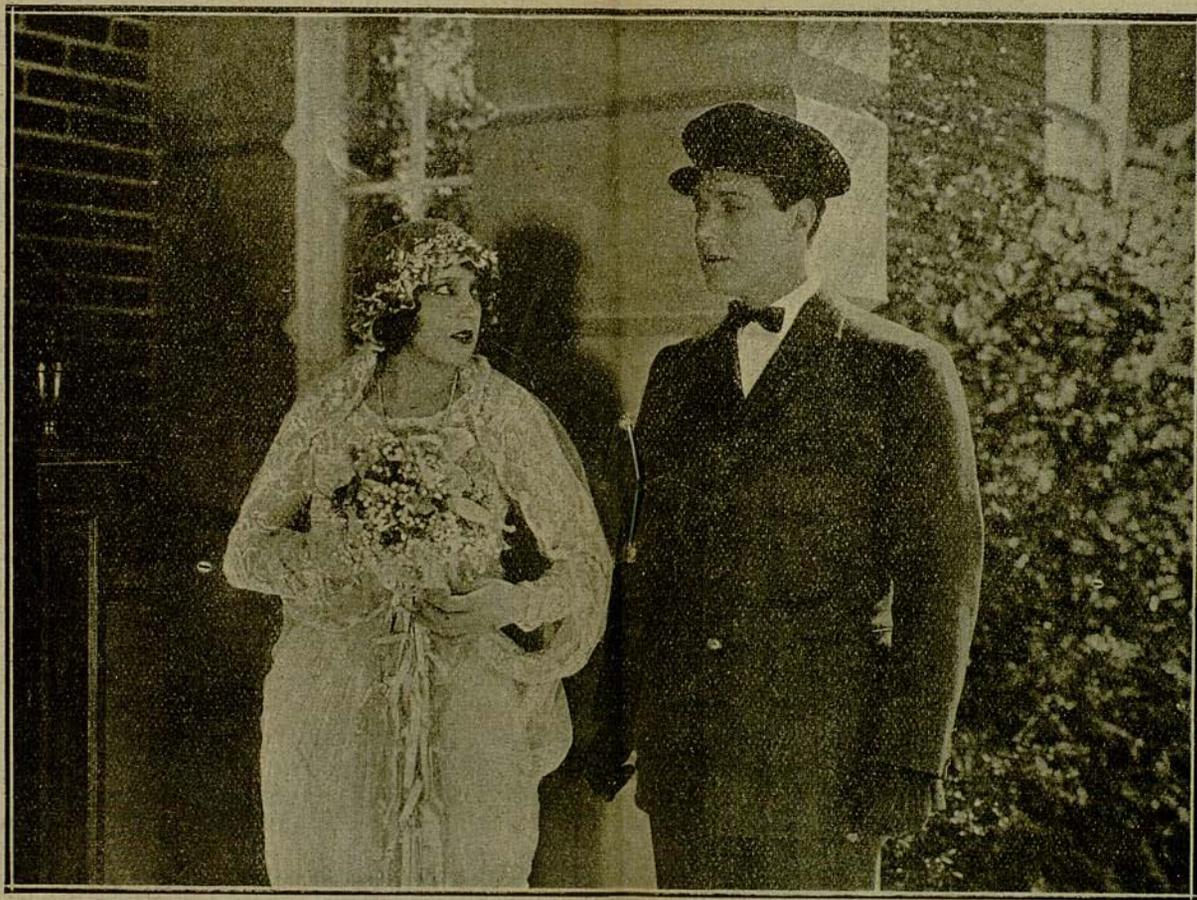
—¡Quién sabe, Eugenio, quién sabe!... Tengo confianza en que todo se arreglará.

* * *

Gerardo fué a buscar a Elena a su casa y la condujo al "*Vanity Box*", donde, en pleno Broadway, triunfaba el galante siglo XVIII; un tranquilo *restaurant de nuit* que ofrecía a las parejas de enamorados buena cena, buena música y escenas versallescas (?) a todo pasto.

Sentados ante una coqueta mesa, Gerardo y Elena platicaban tímidamente.

Ella no se decidía a quitarse la capa—también propiedad de la vecina—para aparecer ante Gerardo con su pronunciado escote, y ofrecer a los consumidores situados detrás suyo la exhibición de su espalda en la parte triangular al descubierto cuya vértice se ceñía a su talle. Finalmente, siguiendo el ejem-



—Habrá sido un golpe terrible para mis padres...

—Indudablemente, señorita...; pero usted se halla a salvo de un amor que no la hubiera hecho feliz.

plo de las demás mujeres, lo hizo, con singular asombro de Gerardo.

—Usted... yo... Su vestido es precioso, Elena—dijo Gerardo.

Sonrosóse el fino cutis de Elena, clavó un momento—el indispensable para recobrase—sus ojos en la nada, y después la plática con Gerardo se hizo muy amena.

Todos los noctámbulos ansiosos de divertirse recaían forzosamente en “*Casa Diablo*”, donde el terrible Lucifer tenía un gesto picaresco de humorista de *music-hall*.

El “auto” de Magdalena se detuvo frente a ese *restaurant*. Apeáronse ella y un caballero. Eugenio, reprimiendo sus celos, los vió desaparecer por el rectángulo de la puerta del lugar de diversión.

Sin embargo, si Magdalena se dejase guiar por sus sentimientos, su acompañante, en vez de ser un aristócrata, sería el apuesto *chauffeur* que esperaba fuera con el “auto”.

Gerardo, a fin de que Elena conociera un poco la ciudad de noche, le propuso cambiar de sitio.

—¿Quiere usted que vayamos a dar una vuelta a “*Casa Diablo*”?... Esto está muy aburrido esta noche.

Elena aceptó, y a poco pisaba con Gerardo los dominios de Satanás bromista, donde, para el mejor efecto y consonancia con el nombre de bautismo del establecimiento, todo era rojo y había diablos y hogueras.

“*Casa Diablo*” no era sólo un lugar de pla-

cer; era también el terror de las mujeres casadas. (¡Hum!)

Apenas en aquella *boîte*, Gastón, el marido de la bailarina, vino a ponerse a las órdenes de Gerardo y Elena, a quien saludó.

—¡Hola, vecinita!... ¿Viene usted a meterse en las calderas de Pedro Botero?

—Si no queman, sí.

Gastón iba a contestar con marcada malicia acerca del “calor de las calderas”, pero Gerardo le cortó la intención con oportunidad.

—¿Quiere usted colocarnos en un buen sitio?

—En el *hall* todo está ocupado. Voy a darles un reservado arriba. Podrán ver el espectáculo sin que nadie les moleste.

Aislados en la agradable soledad del saloncito colgado sobre el salón en fiesta, Elena y Gerardo eran a cual más dichosos.

Los acordes musicales los impelieron a la danza.

Gerardo enlazó el talle de Elena, atrayéndosela delicadamente, y juntáronse las manos libres, que corrientes internas sacudían de cuando en cuando.

Gerardo, al finalizar el baile la orquestina de zinganos, retuvo a Elena entre sus brazos, en contemplación. Ella no hizo ademán de pretender desasirse de ellos. A su vez, Elena puso sus claros ojos en los de Gerardo, y resistió sin parpadear su larga mirada.

No podían hablar.

El silencio se agolpaba a sus sienas.

El momento era solemne. En la expresión

sublime del rostro de Elena vió Gerardo que ella le amaba rendidamente, y la besó con toda su alma.

Elena, radiante de dicha, exclamó:

—¡Oh, Gerardo!... Ahora seremos prometidos, ¿verdad?

A medida que pasaba el tiempo iba hacién-



—¡Oh, Gerardo!... Ahora seremos prometidos, ¿verdad?

dose más delicada la situación de Eugenio en casa de los Harlan.

El día de su cumpleaños, Eugenio recibió como regalo, de la doncella de Magda, una corbata.

Magdalena presenció de muy mal grado la

entrega de dicho obsequio, y a solas con Eugenio, fingiendo no haber visto nada, le dijo:

—¿De dónde sacó usted esa corbata tan ridícula?

—Señorita... Me la acaba de regalar Felisa. Como hoy es mi cumpleaños...

—Bien. Procure que no se le estropee esa preciosidad.

Eugenio sufría. ¿Qué pretendía hacer Magda con su amor?

Por otra parte, desde la noche de la cena con Elena, Gerardo, convencido de que todo amor que se obtiene fácilmente no conduce sino a la indiferencia, no había vuelto a casa del violinista.

* * *

Pasaron los días.

Magdalena, en un momento de pasión, decidió, ante la fuerza del amor de Eugenio, romper con sus temores y prejuicios, y se casó con él secretamente, pero no se atrevía a enterar de ello a sus padres.

Elena, presa en la red de la ilusión que no muere, pensaba en Gerardo, sin explicarse su desvío desde que ella le diera sus primeros besos.

El abuelo observaba con acertado callar a su nieta. Procuraba distraerla haciéndose acompañar al piano por ella cuando él tocaba —con el violín— para su recreo, sus páginas preferidas.

A pesar de su voluntad en ocultar a su abuelo la pena de su alma, Elena se vendió,

interrumpiendo la música para juntar sus manos y suplicar a Dios que le devolviera a Gerardo.

—Elena... hijita... ¿por qué no le cuentas tus cuitas a este viejo que te quiere tanto?

Elena rompió a llorar.

—¡Le amo, abuelo, le amo, y su abandono me consume de dolor!



...interrumpiendo la música para juntar sus manos y suplicar a Dios que le devolviera a Gerardo.

El abuelo vertió lágrimas abrazado a Elena, y, al corriente de todo, fué a casa de Gerardo, so pretexto de conocer el motivo de su ausencia a las lecciones.

Cuando el profesor llegó a la morada de su

discípulo por conveniencia, Gerardo hubo de molestarse en separarse de la compañía de algunos amigos, entre ellos mujeres siempre dispuestas a vivir sin preocupaciones.

—¡Ah! ¿Es usted, profesor?

—Vine porque creíamos que estaba usted enfermo... Como hace tantos días que no ha vuelto por casa... precisamente desde aquella noche que Elena cenó con usted...

—Mis ocupaciones...

—Le echo mucho de menos, señor... y creo que Elena también...

—Lo lamento... lo lamento muchísimo... No creo que vuelva más a su casa... Cosas de mi carácter, señor... Elena es tan buena y tan inocente que no comprenderá nunca lo que en estos momentos pasa por mí... Yo mismo no lo comprendo...

—Yo sí... yo soy viejo y lo comprendo todo... Creo que hace usted bien en no volver por casa. Voy a intentar explicarle a mi nieta este desengaño.

Aquel día, Magdalena se había decidido a descubrir su secreto a sus padres:

—No sé qué pensaréis de lo que os voy a decir... Tengo el propósito de casarme... otra vez.

—¿Con Gerardo?... Me parece muy bien.

—No, no es con Gerardo, papá... Quizá será mejor que lo llame...

Y llamó a Eugenio.

—¡Eh! ¿Casarte con Eugenio... con un chauffeur?... ¡Esta muchacha se ha vuelto loca!—clamó el padre de Magda, levantando un

puño sobre la cabeza de su hija, impidiéndole su mujer que consumara la intención.

—¿Lo ves? Tenía yo razón al decirte que hacíamos una locura...—murmuró Eugenio a Magda.

Y ella le respondió con firmeza:

—¡Pues yo no me separo de ti, Eugenio, aunque se hunda el mundo!



—¡Eh! ¿Casarte con Eugenio... con un chauffeur?...

Como se supone, el *chauffeur* fué despedido en el acto, y su única preocupación era la de que Magda, su esposa, debía compartir con él su vida.

—Pero, ¿quieres que les diga a mis padres que estamos casados?—preguntóle Magda.

—Diles lo que quieras, pero vente conmigo. Esta situación no puede continuar. Si me has querido lo bastante para olvidar tu clase y casarte conmigo, debes también seguir el mismo camino que yo.

—Estudiaré el modo de hablar con papá...

—Decídetelo pronto, porque mañana quiero presentarte a mis padres.

Mientras tanto, el abuelo de Elena, de regreso a su casa, tras muchos rodeos habló así a su nieta:

—Se ven unas cosas en este mundo... Los jóvenes de hoy son muy distintos de los de mi época... Tienen unos espíritus mucho más complicados... Nadie puede leer en su pensamiento...

Elena, de cuya mente no se apartaba el recuerdo de Gerardo, sospechó de las palabras del músico.

—¿Por qué dices eso, abuelo?... ¿Has visto a Gerardo?—inquirió.

—Pues te diré...

—Sí, le has visto. Ya no quiere acordarse de mí, ¿verdad?

—El mismo no sabe si te quiere o no te quiere. Antes, bien parecía que te pretendía con mucho empeño... Aquella noche se convenció de que tú también le amabas, pues el amor y la confianza que él te inspiraba te autorizó a dejar que te besara y a besarle... Es un enigma su abandono... Nada le liga a ti, hartos lo sé yo, más que eso: ese amor suyo y el de ti. ¿Acaso Gerardo juzgó mal tu cariño que sólo

al llamar él a su puerta se abrió sin recelos, sin coquetería, sin oposición?

Elena meditó estas últimas palabras.

Una hora después, Gerardo, guiado por el azar, presentábase en casa del profesor de violín.

—Por casualidad venía por esta calle y no quise pasar sin tener el gusto de saludarles—



—¿Acaso Gerardo juzgó mal tu cariño?...

dijo.

Elena, completamente otra a raíz de la reflexión a que se entregó desde su diálogo con el abuelo, recibió así al visitante:

—¿Por qué ha dejado usted de venir?... Yo pensaba: "Se habrá creído que yo me tomé en serio sus palabras de amor, y por eso no vuel-

ve." ¡Y el abuelito que creía que usted estaba incomodado!... ¡Qué divertidos son estos pobres viejos! ¡El infeliz está tan pasado de moda!... Cómo se ve que él ignora que las muchachas de hoy en día nos reímos a carcajadas de las palabras de amor... Cuando usted vuelva *por casualidad* por esta calle, entre otra vez... Aquí, nada de amor, pero amistad toda la que usted quiera.

Gerardo marchóse confuso del hogar humilde del músico.

Elena desató su pena en llanto. Había interpretado un paso de comedia superior a sus fuerzas.

Y ante la primera dificultad, la llama del amor volvió a brillar con más fuerza que nunca en el alma de Gerardo.

*
* * *

Magdalena no estaba tan entusiasmada como Eugenio ante la perspectiva de ver a sus suegros.

Sin embargo, no se negó a ir con él.

Los padres de Eugenio, sorprendidos en la paz del hogar cada cual a su ocupación del momento: ella, en la cocina; él, leyendo el periódico a sus anchas, recibieron a su "alta" nuera un tanto cohibidos, sin atreverse a hablar mucho a fin de no incurrir en algo inoportuno.

La madre de Eugenio, más decidida que su marido—y también de más peso—, procuró que aquella entrevista no fuera fúnebre.

—Tenemos una gran satisfacción en cono-

cerla, señora... Eugenio nos ha hablado siempre tan bien de usted...

Magda agradecía, sin encontrar un motivo para alargar la conversación.

Aquel hogar y aquellas personas representaban la pobreza honrada, pero pobreza al fin, y a Magdalena le faltaba valor para arrosrarla...

Al salir de él, confesó a Eugenio:

—Es inútil, querido... Yo nunca podré vivir esa vida.

Desesperada ante su problema, fué Magda a pedirle consejo a su mejor amigo, el propio Gerardo.

—Estoy casada desde hace dos meses—le dijo—y mi marido se empeña en hacer público nuestro matrimonio, que se celebró en secreto.

—¿De modo que... te casaste al fin?

—Mi marido es Eugenio Ryan... nuestro antiguo *chauffeur*.

—¿Vuestro *chauffeur*?...

—Le quiero con toda mi alma, pero no puedo soportar la vida de pobreza que es su elemento natural.

—Sí que es un obstáculo...

—El me dice que si no soy su esposa ante los hombres, como lo soy ante Dios, desaparecerá de mi vida. ¿Qué me aconsejas, Gerardo?

—Por mí mismo, Magdalena, acabo de comprobar que el amor es lo único interesante de la vida. ¡Yo también estoy enamorado!

—¿Conozco yo a esa afortunada?

—No. Es una muchacha humilde.

—Entonces, tú...

—Mi consejo es que digas la verdad a tus padres y después te vayas a vivir con tu marido, sin importarte su pobreza. Estoy seguro de que sólo en ese camino encontrarás la felicidad.

Magda siguió la indicación de Gerardo.

Y llegó la temida entrevista entre ella y su padre.

—Papá, ¿tú me quieres lo bastante para desear, por encima de todo, que yo sea dichosa?

—¿Por qué me haces esa pregunta?

—Te dije que amaba a Eugenio, pero no te dije que estaba casada con él.

El "hombre rico" crispó los puños y gritó:

—¡Tú casada con un *chauffeur*!... ¡Hoy mismo gestionarás el divorcio!

—No, papá. Yo amo a mi marido.

En brusea transición, el predominante padre prosiguió:

—Está bien. Si le quieres, vete a vivir con él, pero hazte cuenta de que has muerto para nosotros.

—No quisiera haber llegado a este extremo, papá... pero no puedo vivir sin Eugenio.

Y Magda huyó de la casa paterna en pos de la felicidad en la de su esposo.

* * *

Decidida a soportar por su amor todas las humillaciones, Magdalena volvió a la casa de sus suegros.

La recibió, en el marco de la puerta, la madre de Eugenio, en un tono bastante frío.

—Muy buenas. ¿Están ustedes bien? ¿Se puede pasar?

—Mi hijo no está en casa, señora.

—¿No está?... ¿Dónde le puedo encontrar?

—No sé... Se ha marchado, porque no quiere verla más. Según me dijo, le hizo usted mucho daño al negarse a compartir su vida.

Descorazonada, Magda se alejó de aquel hogar, sin rumbo...

Un poco después, la madre de Eugenio le decía a su hijo:

—Tu mujer ha estado aquí, pero no la he dejado entrar. ¡Que vaya a otra parte con su orgullo!

—¡Oh, madre! Esa es buena señal. Sí, porque cuando me dijo que no podría vivir con vosotros, en esta casa, yo le prometí que jamás me volvería a ver si no volvía dispuesta a amoldarse a las circunstancias de mi inmenso amor y de vuestro infinito afecto. ¡Renace en mí la esperanza de una dicha que creía perdida para siempre!

Pero Magdalena, considerándose abandonada por todos, pedía un reservado en un *restaurant* de noche, y después de romper en mil pedazos la licencia matrimonial extendida a su nombre y al de Eugenio, apuró una dosis de veneno.

El gerente del establecimiento, al tener conocimiento del hecho, y para ocultarlo, mandó llamar un taxi, que la fatalidad quiso fuera el que conducía Eugenio, recientemente empleado en una Compañía de autos de alquiler.

Entre tres subieron a Magda en el auto, y el gerente del *restaurant* dijo a Eugenio:

—No haga caso... Llévela al Gran Hotel... Esa señora ha bebido demasiado.

Así, el citado gerente, evitaba una interrupción en el negocio de su establecimiento.

Pensando que pronto encontraría a su esposa y no se separaría de ella, la alegría de vivir dominaba a Eugenio...

En llegando frente al Gran Hotel, Eugenio abrió la portezuela del coche e invitó a la ocupante a apearse:

—Despierte, señora... Ya hemos llegado...

Como la señora no contestara, Eugenio la asió de los brazos para ayudarla a obedecer.

De pronto, retrocedió lleno de espanto. Acababa de ver el rostro de la mujer. Creyó volverse loco.

—¡Magdalena!... ¡Muerta!—gritó.

Y comprendiéndolo todo, llorando desesperadamente, Eugenio empuñó el volante del coche y lanzólo a toda marcha hacia las afueras de la ciudad, hasta despeñarse en el abismo sin fin del mar.

Mas, antes de morir, lanzó un grito de odio terrible a la humanidad.

Así acabó un amor que pudo haberse deslizado plácidamente y que, por los obstáculos y dificultades de que se vió rodeado, degeneró en violenta pasión.

Gerardo y Elena, como si aquel drama los hubiese aleccionado, supieron encontrar a tiempo el camino que conduce a la felicidad.

Al prometerse en matrimonio, Gerardo su-

surró a Elena, entre otras cosas acarameladas,
esta frase:

—Por ti lo he hecho todo, Elena de mi
vida... ¡Hasta he aprendido a tocar el violín!
Y ella sonreía...
No había para menos.

FIN

(Prohibida la reproducción)

Este número ha sido some-
tido a la censura militar.

PIDA VD. LOS DOS ÚLTIMOS
ÉXITOS EDITORIALES

EL MILAGRO DE LOS LOBOS

12.º libro de la BIBLIOTECA

Los Grandes Pelms

y

EL PRÍNCIPE ENCANTADOR

7.º libro de la

COLECCIÓN DE OBRAS MAESTRAS

Ediciones de

LA NOVELA SEMANAL
CINEMATOGRAFICA